

# Los nuevos atlas rompen moldes

**Todo es susceptible de ser mapeado**, desde los países que no existen hasta diversas manifestaciones del Bien y del Mal, y estas representaciones de nuestro mundo exploran cualquier posibilidad artística y narrativa sin perder su poder evocador

MIGUEL ÁNGEL BARROSO

**G**uy Louis Gabaldon (1926-2006) tuvo una infancia miserable en Los Ángeles que no auguraba una historia digna de ser contada. Se mudó con unos parientes a Nuevo México y después se ganó la vida en una empresa de conservas en Alaska antes de alistarse en el Ejército. En junio de 1944 desembarcó junto con ocho mil marines en Saipán, en las islas Marianas, dominio japonés en aquel tiempo, para participar en una de las batallas más cruentas de la Segunda Guerra Mundial, una sangría con lluvia de proyectiles y epílogo macabro en el que cientos de soldados y civiles nipones se suicidaron saltando desde los acantilados; otros degollaron a sus compatriotas o arrojaron

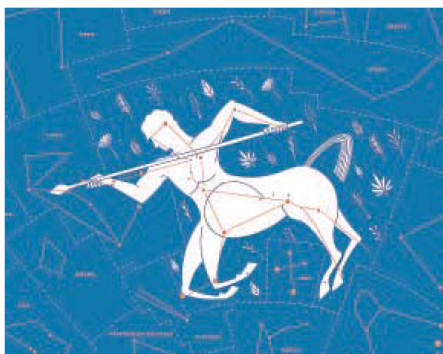
a los niños al océano para que no fueran torturados y devorados por un enemigo demoníaco, según había vendido la propaganda de su gobierno. A Gabaldon, que no era un pacifista, le dio por visitar *motu proprio* las cuevas de la isla para convencer a los ocupantes —chapurreaba su lengua— de que era honorable rendirse y serían bien tratados. No quedan claras sus motivaciones, aunque más tarde reconocería una especie de «adicción». El caso es que logró apresar a 1.500 japoneses entre Saipán y Tinian y le concedieron honores. Sin embargo, le quedó un poso amargo: conoció a una mujer a la que había impedido lanzarse al vacío después de arrojar a su bebé y que acabó enloqueciendo al comprobar que las histo-

rias de horror eran mentira y, por tanto, había matado a su hijo sin necesidad. Gabaldon se preguntó si no hubiera sido mejor dejar que se suicidara. El relato detallado de esta inesperada hazaña puede encontrarse en el *Atlas del bien y del mal* (GeoPlaneta, 2017), donde Tsevan Rabtan (sobrenombre de un abogado madrileño, bloguero y tuitero) cuenta las andanzas de diversos héroes y villanos (a veces las dos cosas en el mismo personaje) a lo largo de la historia. Dice la RAE en su primera acepción de «atlas» que es una «colección de mapas



**ARTE EN LOS ATLAS**  
Sobre estas líneas, ilustración de Alejandra Acosta para el «Atlas del bien y del mal». Arriba, Pep Boatella vio así un partido de fútbol en la Antártida

**LA CARTOGRAFÍA TRASPASA LAS FRONTERAS DEL ESPACIO FÍSICO Y «DIBUJA» LOS SENTIMIENTOS HUMANOS**



## Las historias que nos cuentan las estrellas

Este magnífico «**Atlas de las constelaciones**» (Errata Naturae) muestra cómo el negro vacío que nos rodea es capaz de inspirarnos

M. Á. BARROSO

**E**se genio inspirador que fue John Berger, del que se cumple ahora el primer aniversario de su muerte, nos dice en su maravilloso ensayo *Y nuestros rostros, mi*

*vida, breves como fotos* (Nórdica, 2017) que «aquellos que primero inventaron y más tarde nombraron las constelaciones fueron narradores. Trazar una línea imaginaria entre un grupo de estrellas las dotó de una

imagen y una identidad. Las estrellas hilvanadas en esa línea fueron como eventos que se suceden en una narración. Imaginar las constelaciones no cambió las estrellas, por supuesto, ni tampoco el negro vacío que las rodea. Lo que sí cambió fue la manera en que la gente comenzó a leer el cielo nocturno».

**El mapa del cielo**  
¿Fue para nuestros ancestros una forma razonable de hallar consuelo en su soledad cósmica, en su insignificancia, mientras

geográficos, históricos, etcétera, en un volumen». Dice en su segunda acepción que es una «colección de láminas descriptivas pertenecientes a ciertas disciplinas, y que suele aparecer encuadrada como libro» (por ejemplo, un atlas de anatomía). Ninguna podría describir este *Atlas del bien y del mal*, cuyo corpus narrativo se apoya en pequeños localizadores y, sobre todo, en las ilustraciones de Alejandra Acosta, como la que acompaña el texto sobre Guy Gabaldon. Los nuevos atlas rompen

moldes, son como el arte o la cocina deconstruidos, han traspasado las fronteras del espacio físico; ahora es posible mapear los sentimientos humanos, las bondades y atrocidades de las que somos capaces. Cualquier cosa. No hay límite.

**Fútbol en la Antártida**  
Tal vez habría que escribir a la RAE o iniciar una campaña en change.org para añadir más significados. Todo lo que hacemos, pensamos, soñamos... ocurre en algún sitio, se puede dibujar, catalogar, imaginar como un atlas. También el fútbol, como demuestra el *Atlas de la pasión esférica* (GeoPlaneta, 2017). «El fútbol, menospreciado por muchos intelectuales que no toleran su popularidad y maltratado por los que sí lo valoran y lo usan en su provecho, también es una forma de viajar por los libros de historia y por los mapas del

mundo», escribe el autor del libro, Toni Padilla. Entre las historias que incluye –la mayoría poco conocidas incluso para los fanáticos del balompié– cabe, incluso, situar la Antártida como escenario futbolero hace un siglo, algo a priori inconcebible: en la banquisa del Mar de Weddell organizó Ernest Shackleton una veintena de partidillos para animar a la tripulación cuando su buque, el *Endurance*, quedó atrapado en el hielo. Incluso se registraron los resultados.

**LOS MAPAS DE SIEMPRE QUEDAN REDUCIDOS A LOCALIZADORES MÍNIMOS. EL ARTE Y LA NARRACIÓN COBRAN MÁS PESO**

la muestra *Cartografías de lo desconocido* (Biblioteca Nacional, Madrid, hasta el 28 de enero), cree que «los mapas son artefactos científicos y artísticos, y también tienen un punto de invención». Ese diálogo entre la ciencia y el arte queda patente en *Universo: Explorando el cosmos* (Phaidon, 2017), libro que estudia cómo los seres humanos de diferentes periodos y culturas han documentado la belleza y el misterio del firmamento. La selección incluye cuadros, fotografías, esculturas, grabados y representaciones digitales.

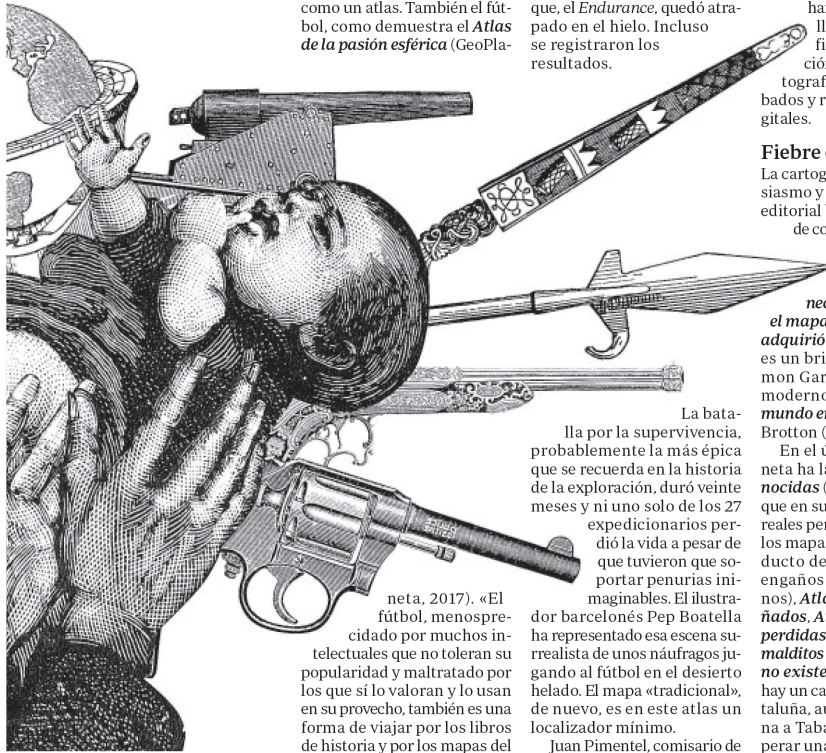
**Fiebre editorial**

La cartografía provoca entusiasmo y asistimos a un boom editorial basado en la ruptura de convencionalismos. Parag Khanna cuenta cómo mapear la aldea global en *Connectografía* (Paidós). En el mapa. De cómo el mundo adquirió su aspecto (Taurus) es un brillante ensayo de Simon Garfield. Otro clásico moderno es *La historia del mundo en 12 mapas*, de Jerry Brotton (Debate).

En el último año, GeoPlaneta ha lanzado *Islas desconocidas* (un viaje por 24 islas que en su día se consideraron reales pero que ya no están en los mapas porque fueron producto de la imaginación, de engaños o de errores humanos), *Atlas de los lugares soñados*, *Atlas de las ciudades perdidas*, *Atlas de los lugares malditos* y *Atlas de países que no existen* donde, por cierto, hay un capítulo dedicado a Cataluña, aunque no se menciona a Tabarnia. Habrá que esperar una nueva edición.

La batalla por la supervivencia, probablemente la más épica que se recuerda en la historia de la exploración, duró veinte meses y ni uno solo de los 27 expedicionarios perdió la vida a pesar de que tuvieron que soportar penurias inimaginables. El ilustrador barcelonés Pep Boatella ha representado esa escena surrealista de unos naufragos jugando al fútbol en el desierto helado. El mapa «tradicional», de nuevo, es en este atlas un localizador mínimo.

Juan Pimentel, comisario de



netta, 2017). «El fútbol, menospreciado por muchos intelectuales que no toleran su popularidad y maltratado por los que sí lo valoran y lo usan en su provecho, también es una forma de viajar por los libros de historia y por los mapas del

observaban la vasta oscuridad sobre sus cabezas desde montañas, desiertos o vetustas ciudades? ¿De hacer más comprensibles los misterios del mundo? De una forma u otra todos somos narradores, y esa hoja en blanco puesta en negativo ha sido una gran oportunidad para construir relatos antes de que Ptolomeo, en el siglo II, compusiera el catálogo estelar más completo de la antigüedad, el *Almagesto*, que fue utilizado por los árabes y los europeos hasta la alta Edad Media. «Un lienzo cuajado

de puntos luminosos y una mezcla de mitos, religiones, canciones de cuna y cuentos de hadas con los que combinarlos», escribe Susanna Hislop, que ha puesto letra a este *Atlas de las constelaciones* magníficamente editado por Errata Naturae, mientras Hannah Waldron se ha encargado de las ilustraciones. Es de esos libros que se pueden abrir por cualquier página, que se leen, que se tocan y se huelen con placer.

Un fantástico carnaval de seres se pone en movimiento. Animales, dioses y héroes

a los que se rendía culto en Asiria, Babilonia o el antiguo Egipto permearon la Grecia clásica y más tarde la Roma que conquistó el Mediterráneo, grapándose a nuestra tradición, mientras en China y en la América precolombina imaginaron su propio y complejo mapa del cielo. No se trata de una obra científica –es honesto que las propias autoras lo reconocan–, aunque sin duda interesará a los astrónomos. Las constelaciones aparecen ordenadas alfabéticamente y ahí están, claro, cada cual con su historia, los doce

signos del Zodiaco; y Centaurus, la Osa Mayor y la Menor; y Hércules, Perseo y Pegaso; está Cetus, que podría ser Tiamat, bestia babilónica del caos, o quizás Moby Dick; y el gigante Orión, constelación muy popular en el firmamento, más allá de cuyos dominios alguien vio atacar naves en llamas.

**Atlas de las constelaciones**  
*Susanna Hislop* ★★★★★  
Ilustraciones de Hannah Waldron. Errata Naturae, 2017. 224 páginas. 23,65 euros.

**Todo está en los mapas**

**«Atlas del bien y del mal» Tsevan Rabtan**

Ilustraciones de Alejandra Acosta. GeoPlaneta, 2017. Un viaje a lo mejor y lo peor de la condición humana contado con el pulso de un thriller. 144 páginas. 22,75 euros.

**«Universo: Explorando el cosmos»**

Phaidon, 2017. Incluye un ensayo del astrónomo Paul Murdin, una cronología y 300 ilustraciones de artistas y científicos inspirados por el firmamento. 352 páginas. 49,95 euros.

**«Atlas de una pasión esférica»**

**Toni Padilla**

Ilustraciones: Pep Boatella. GeoPlaneta, 2017. Relatos de los seis continentes

que, a través del fútbol, nos hablan de valores humanos. 144 páginas. 23,95 euros.

**«Atlas de los países que no existen»**

**Nick Middleton**

GeoPlaneta, 2016. Un compendio de cincuenta estados no reconocidos y (en gran medida) inadvertidos. 144 páginas. 24,95 euros.

**«Islas desconocidas»**

**Malachy Tallack**

Ilustraciones de Katie Scott. GeoPlaneta, 2017. Un

recorrido por 24 islas que ya no están en los mapas porque nunca fueron reales. 144 páginas. 22,90 euros.

